

L OS escoceses no saben todavía qué poderes tendrá el Parlamento de Edimburgo en la Escocia autónoma del futuro. Si saben, en cambio, que, a diferencia de los ingleses y galeses, podrán seguir cazando nutrias con jaurías de sabuesos en las márgenes de sus ríos y lagos. Y, claro, no faltará quien señale que el haber excluido a la tierra del whisky de la legislación que, a partir de este primero de enero, prohíbe matar al simpático roedor en Inglaterra y Gales es algo muy significativo. Puede que lo sea. Puede que no: que los editorialistas decidan. Uno, modesto informador, ha de limitarse a los hechos, como, por ejemplo, el Jubileo, uno de los hechos más largos de la Historia británica de los últimos tiempos.

El Royal Jubilee, o Jubileo Real, nada tiene que ver con aquello de "Viernes Santo, Jubileo; poca piedad, mucho magreo". Y no es que no tenga nada que ver por lo del magreo, que suponemos también existe en las esferas reales, aunque disimulado por las largas y espesas capas de armiño que mantienen calentita a la sangre azul de sus portadores. No, la diferencia esencial estriba en que el Jubileo de la copla se refiere a un solo viernes, mientras que el de la Reina Isabel II duró 52 viernes, o, para ser más exactos, 365,24 días, que es lo que, según fuentes fidedignas, ha durado 1977.

Fue difícil en 1977, con tanta corona y tanto cetro en la primera plana de los periódicos, seguir de cerca las demás noticias. El Jubileo tuvo sus ventajas a principios de año porque, después de un 1976 deprimente, el británico pudo mostrarse oficialmente feliz sin despertar las sospechas del vecindario, a partir del 10 de enero del 77. Fue útil también la efemérides real para hacer olvidar rápidamente al público uno de los episodios más turbios en los anales de la justicia británica de posguerra: la expulsión de los norteamericanos Mark Hosenball y Philip Agee, so pretexto de haber puesto en peligro la seguridad del Estado (véase "Philip Agee: Desnudar a la CIA", TRIUNFO, número 727). Pero quién se iba a ocupar de nimiedades como ésta, cuando la televisión, programa tras programa, nos revelaba la vida y milagros de la soberana: su primera sonrisa, sus primeros pasitos, sus primeras travesuras, en compañía de su hermana Margarita; su primer "pony"...

Algunos obreros se atrevieron a declararse en huelga, princi-



La efemérides real fue útil para muchas cosas, entre otras, hacer olvidar rápidamente al público uno de los episodios más turbios en los anales de la Justicia británica de la posguerra: la expulsión de los norteamericanos Hosenball y Agee, so pretexto de haber puesto en peligro la seguridad del Estado.

Gran Bretaña

UN JUBILEO REAL CON FINAL FELIZ

EDUARDO DE BENITO

palmente los del ramo de la industria automotriz, que nunca están contentos. Pero, en general, los sindicatos se portaron bien a principios de año. No así algunos extranjeros. Carter (y esto no se lo perdonarán nunca sus primos anglosajones a este lado del Atlántico) tuvo la impertinencia no sólo de asumir la Presidencia en enero, sino de ponerse a hacer discursos sobre derechos humanos, que compitieron durante varias semanas en la prensa británica con las noticias sobre la familia real. En la mente del lector de periódicos y en la del televidente las imágenes del Presidente de los Estados Unidos y de la soberana británica empezaron a confundirse. Por fortuna, lo de Carter se quedó en palabras y, con la Reina de paseo en el yate real por sus territorios de ultramar, las cosas volvieron a la normalidad.

David Owen, que por aquel entonces se estrenaba como ministro de Relaciones Exteriores, andaba, igual que la Reina, repartiendo pasquines sobre las ventajas de la "pax" británica en tierras calientes; pero lo hacía acompañado por un negro norteamericano, en vez de por un príncipe de estirpe griega.

Con una coreografía que no hubiera despreciado Nijinsky, Andrew Young y el doctor Owen bailaron casi sin respirar las primeras escenas del ballet del Africa Meridional: un "pas-de-deux" con Vorster y otro con Ian Smith; un "entrechat" con Machel, un "pas-de-trois" con Nyerere, un par de saltitos con Kaunda, arabescos apasionados con Mugabe y Nkomo, los líderes del Frente Patriótico de Zimbawe (Rhodesia) y vuelta a empezar. Pero nada. Nkomo y, sobre todo, Mugabe, que es quien había llevado el

peso de la guerra de guerrillas contra el régimen de Ian Smith, no se la tragaron, como no se habían tragado el año anterior la "pax" americana que Kissinger fue ofreciendo de aeropuerto en aeropuerto desde las escalillas de su USA Air Force 2. Y eso que Young, para ayudar a su compañero de viaje británico, se disfrazaba de africano casi todos los días con camisas de colorines y collares de cuentas. La "pax" británica, que en las escenas siguientes del ballet se había ido transformando poco a poco en "solución-anglo-norteamericana-al-problema-de-Rhodesia", se quedó en agua de borrajas. Todo -repito- por la tozudez de los negros del Frente Patriótico, empeñados en no aceptar que durante el período de transición para preparar elecciones democráticas en Rhodesia el Ejército y las Fuerzas de Orden Público permanecieran

ciesen en manos blancas, como lo exigía Ian Smith.

Hay que decir, en honor a la verdad, que Owen y Young intentaron convencer a Smith de que cediese un poco. Pero el muy zorro de Smith sabía de sobra que Inglaterra y Estados Unidos no iban a insistir demasiado en que la seguridad del territorio quedase a cargo de un Ejército guerrillero de tendencia marxista como el de Mugabe. Y, en efecto, no insistieron. Las subsiguientes iniciativas anglonorteamericanas fracasaron, y ahora Smith, con la mitad de la cara todavía dolorida de las carcajadas que se echó a costa de Owen y Young (la otra mitad de la cara la tiene paralizada desde hace muchos años), anda en tratos por su cuenta con los líderes negros del interior, mucho más dóciles y asequibles que los Nkomos y Mugabes de este mundo.

Pero volvamos al Jubileo, que es lo importante (negros los hay a patadas, mientras que Reinas no hay más que una. Por lo menos aquí, en Inglaterra); al

espejo. El caso es (y a eso iba yo, cuando se me metió de por medio el Africa Meridional) que la cosa le hizo muy poca gracia a Felipe (el de Edimburgo), que hasta entonces había sido el guapo oficial del reino y un buen día la estrella del doctor David Owen empezó a palidecer. Los directores de periódicos y programadores de televisión aseguran que tuvieron que reducir la cobertura periodística del ministro de Relaciones Exteriores porque, entre las fotos de éste —siempre con negros— y las de la Reina —siempre con fieles súbditos de piel oscura a su alrededor— la gente se empezaba a hacer un lío. La verdad no se sabrá nunca. De lo que sí podemos dar fe es de que a fines de año se dijo que no era del todo improbable que el doctor Owen perdiese su cartera en 1978 por haber fracasado en Rhodesia. Malas lenguas sugieren que la rivalidad de tipo estelar con Felipe (el de Edimburgo) tuvo algo que ver con el asunto. No le importó en cambio, al príncipe que don

cuasi democrático que estaba atravesando mi país. "Aquí, en cambio..."

Y es que aquí, con la llegada del verano, los sindicalistas de izquierda, que tan bien se habían portado en la primera mitad del año, empezaron a hacer de las suyas liándose a bofetada limpia con la Policía semana tras semana para apoyar a los piquetes de la empresa Grunwick y dando el espectáculo en violentas contramanifestaciones con motivo de desfiles organizados por los fascistas del National Front (véase "Entre el fascismo y la libre empresa", TRIUNFO, número 773). Menos mal que las noticias económicas trajeron un respiro al final del verano, porque la verdad es que todos estábamos abochornados con el comportamiento callejero de la izquierda sindicalista en meses anteriores.

El superávit de la balanza comercial empezó a aumentar a fines de agosto, y todavía, en el momento de escribir estas líneas, no se ha detenido en su curva ascendente. La inflación, por su parte, ha seguido la curva inversa, la que ha llenado de júbilo al señor Callaghan, a sus ministros y a todos los que tenemos que ganarnos el "rosbif" con el sudor de lo que sea en estas islas. Claro que no todo ha sido coser y cantar durante el otoño y lo que va de invierno. El pacto con los liberales estuvo a punto de fallecer en varias ocasiones, sobre todo después de la votación en los Comunes acerca del sistema electoral a utilizar en las elecciones directas para el Parlamento Europeo. Los liberales, defensores acérrimos de la representación proporcional, lograron un compromiso por parte del Gobierno de que éste haría todo lo posible para que sus diputados votaran al nuevo sistema, sin duda, mucho más justo que el que impera en las elecciones parlamentarias nacionales. Pero un nutrido grupo de laboristas de izquierda, temeroso de que ese fuera el primer paso para, más tarde, introducir la representación proporcional en elecciones nacionales, hizo causa común con los conservadores. El Gobierno perdió la votación y echó unas cuantas lagrimitas de cocodrilo, como correspondía después del compromiso adquirido. Pero el berrinche que se llevaron los liberales fue de aupa. El pacto, sin embargo, sobrevivió... porque, sin él, no podían sobrevivir los liberales.

Tampoco se portaron muy bien que digamos los del gremio de la electricidad, reclamando aumentos de salarios exorbitan-

tes, mientras la Reina declaraba que, en vista del Jubileo y de la situación del país, la princesa Ana había decidido contentarse con cunas, ropitas y a un niñeras de segunda mano para el heredero que ella y el capitán Phillips (sobre todo ella) esperaban a principios del invierno.

Pero, como se sabe, los obreros no aprecian estos gestos, y hubo apagones a mansalva. Otro sector laboral que hubiera podido tener una actitud más digna en un año de Jubileo Real fue el de los mineros. Por fortuna, el aumento que pedían inmediatamente se pudo aplazar para marzo. El año se cerró con los bomberos en huelga desde el mes de noviembre y con el Ejército haciendo de bombero. Habría que ver si, en el caso de que el Ejército se declarase en huelga, a los bomberos les dejaban hacer de Ejército. Es curioso que esta posibilidad no se haya debatido en la prensa. Lo que sí podemos decir es que el público no ha protestado tanto por esta huelga como por las demás; quizá porque, cuando se declaró, las Navidades estaban ya cerca y los papás y las mamás tenían otras cosas en qué pensar.

Arrinconados en el olvido también quedaron a fin de año los escándalos de los Punk Rockers y la sensación que causó, a la vuelta de las vacaciones estivales, el descubrir que existía una organización llamada The Paedophile Information Exchange, cuyos fines consistían exclusivamente en pedir al Parlamento la legalización de las relaciones homosexuales entre adultos del sexo masculino y niños de cualquier edad.

El mejor regalo que le hicieron a la Reina —y le hicieron muchos y muy buenos para conmemorar sus veinticinco años en el trono— fue la noticia, después del día de Navidad, de que la Organización para Cooperación Económica y Desarrollo, que se ocupa desde París de las fortunas de los países ricos, acababa de publicar un informe en el que se predecía un futuro dorado para Gran Bretaña en 1978, con un superávit de 1.800 millones de libras, en su balanza de pagos, un crecimiento del ingreso per cápita, en términos reales, de más del 2 y cuarto por 100 y una mejora sustancial en la situación de desempleo.

De no haber sido por la muerte de Chaplin, que muchos ingleses sintieron de verdad, la última semana de 1977 habría podido pasar a la Historia como la más feliz de este reino desde que Inglaterra ganó el Mundial de Fútbol en 1966. ■



El ministro de Asuntos Exteriores, Owen, amenaza con sustituir en el corazoncito de las inglesas al príncipe Felipe. En la foto, el fotogénico personaje con Julius Nyerere, en Dar-Es-Salaam.

Jubileo y a Owen, que es de quien yo quería hablar, pero no por lo de Rhodesia, sino porque es uno de los tíos más guapos del escenario político internacional. En cuanto sus facciones de galán de cine empezaron a aparecer en los medios de difusión británicos, las inglesas se volvieron locas y la prensa sensacionalista, claro está, cuanto más locas se volvían sus lectoras, más fotos publicaban de él. Además, para recochino, le sacaban siempre al lado de unos negrazos antiimperialistas más feos que pegarle a un padre, o al lado de Ian Smith, de quien cuentan que la mitad de la cara se le paralizó del susto el primer día que se miró a un

Adolfo Suárez hiciese sus primeros pinitos en la prensa británica como otro de los guapos oficiales de la política internacional: Suárez, al fin y al cabo, era español y, entre los entendidos, no tan "sexy" como el doctor Owen.

"Sexy" o no, su indiscutible fotogenia sirvió para que, entre escenas de la Reina recibiendo hachas guerreras de los maoríes y cráneos con plumas de los papúes de Nueva Guinea, los ingleses se interesaran un poco por lo que estaba pasando en España: la campaña electoral, la legalización del PCE, las elecciones: "Jolly Good show!" ("¡Estupendo!"), me decían los ingleses, refiriéndose al proceso